

Recordar, compartir, aprender

Sevilla

M^a del Carmen Sánchez Ávalos, 73 años

Beatriz Saavedra Pareja, 27 años

NUEVO MUNDO

Hoy se ha despertado algo más tarde de lo normal. La luz le daba en los ojos y antes de girarse hacia la pared, prefirió levantarse de la cama. Recordó que ayer estuvo hasta las diez asomada a la ventana. No quería dormir, quería sentir el aire nocturno en sus mejillas, quería recordarlo todo. Quería pasear por su memoria sin tropiezos. Sus manos se enfriaron enseguida, antes que su cara, así que se las pasó por la frente y la boca para apreciar más rápidamente el frescor. No estaba nerviosa. Los años la habían llevado hasta allí. Sabía que muy pronto iba a llegar la hora, que en cualquier momento se marcharía. Pero eso no le importaba. Para ella lo único importante era recordar.

Eran las ocho y media de la mañana. Se puso su traje de fin de semana y sus zapatos planos. Hacía ya casi dos décadas que dejó de usar tacones. Salió de la habitación y recorrió el mismo pasillo de los últimos tres años. El olor de la cocina llegaba antes de poder verla. Le separaba de ella un solo piso, pero siempre cogía el ascensor, para evitar fatigarse inútilmente. En el comedor sus compañeros ya habían terminado el desayuno. Desde que estaba allí, nunca se había sentado sola a la mesa, pero aquella experiencia le gustó, más aun en ese día. Tomó su café descafeinado y su tostada con aceite. Decidió no tomarse el calmante, su brazo se había despertado como ella, tranquilo.

Una vez más se asomó a la ventana. Ya no hacía el frescor de la noche anterior, pero aun así lo recordaba todo con claridad. Todos los pasos que había dado hasta llegar a aquel día, a aquella ventana. Desde allí podía ver a los demás en la sala de estar, viendo la televisión. Muchos charlaban, otros dormían y algunos no sabían ni lo que estaban viendo. A ella nunca le gustó sentarse allí. A esa hora tenía la costumbre de adentrarse en un mundo fascinante, casi imposible de imaginar, desde el que podía ver su vida en imágenes o hablar con sus amigos de la infancia. Amigos repartidos por el mundo.

Esa parte de su vida era quizás la parte más íntima. No porque la escondiera, sino por ser incomprendible para el resto. Ella podía volar más allá de aquel edificio, más allá de aquella ciudad, más allá de aquel país. Ella se sentía libre e independiente. Se sentía bien consigo misma por lograr descifrar aquel código.

El mediodía llegó. Tranquilamente esperó sentada en la cama. El momento que esperaba desde hacía un mes estaba por llegar. Muy pronto se marcharía. No sentía ningún pesar, porque era tanta la ilusión por ese nuevo mundo, que lo demás era para ella superfluo. Toda indagación, toda aproximación que la llevase a él, era motor suficiente para mantenerla animada y segura. Se sentía radiante y feliz.

Dieron las doce y cuarto. Se levantó despacio. Cogió su bolso que meticulosamente había preparado y se dirigió a la puerta. Un hombre la esperaba. La cogió del brazo y la acompañó hasta un coche. Ya estaba más cerca de compartir todo aquello. De no sentirse sola. De seguir confiando en sí misma. De transmitir una ilusión.

El viaje en coche no duró más de una hora. Cuando salió la recibieron calurosamente. Ella caminó todo lo erguida que su espalda le dejaba. Así se gustaba más. Muy pronto vio su lugar, el que tanto había imaginado, pero al que no temía. Antes de llegar a él intercambió algunas palabras con los más jóvenes de la reunión. Todos reían, animados por aquella mujer llena de energía.

Subió muy despacio las escaleras que le conducían a hacer realidad aquella ilusión. Las personas le acompañaban con la mirada. Caminó hasta el final, hasta situarse frente a todas ellas para compartir su experiencia: “Hola, buenos días, soy María del Carmen y tengo 73 años.



Hoy voy a compartir con vosotros mi 'Nuevo Mundo'. Empecé con las nuevas tecnologías aprendiendo a usar mi teléfono móvil. He aprendido a poner mensajes y a usar mi agenda. Con un manual apuntamos todos los pasos que se necesitan para hacer lo que yo quiero y así puedo usar mi móvil, sin depender de nadie.

Ahora estoy aprendiendo a usar el ordenador, me parece muy interesante. Estoy aprendiendo muchas cosas: cómo escribir textos y ayudar a mi monitora a escribirlos, ver mis propias fotos e incluso enseñárselas a mis compañeras. Gracias a una profesora muy buena que tiene mucha paciencia conmigo.

También estoy aprendiendo a ver cosas por Internet: he podido visitar el Louvre, que ya conocía, la Catedral de Sevilla, la casa rural de mi hermana que está en la Sierra de Málaga...

Actualmente tengo mi propio correo electrónico, esto me da mucha seguridad y me hace sentir una persona actualizada y comunicada con mi entorno. Me hizo mucha ilusión ver mi foto en el ordenador y pensar que tengo autonomía.

Me parece que era una cosa que yo no podía aprender, pero me he dado cuenta de que todo el mundo que quiera aprender cosas nuevas puede hacerlo con la voluntad que hace falta".